

El Gabo nuestro de cada día

Guillermo Vega Zaragoza

I. MIS DOS PADRES

Es muy feo que a uno se le muera el padre dos veces. A mí me acaba de suceder. Primero Constantino Vega Mendieta a los 89 años y después Gabriel García Márquez a los 87. Yo no sabía que el segundo también era mi padre hasta que vi una foto suya en la contraportada de un libro que encontré mientras husmeaba en el librero de unos de mis hermanos: vestía chamarra de cuadros negros y rojos, igualita a una que siempre usaba mi papá. El bigote, las cejas, el cabello, los ojos, todo igualito a mi papá. Se la enseñé a mi mamá.

—¿A quién se parece?

Casi se va para atrás de la impresión:

—¿Qué hace allí tu papá?

—No sé, aquí dice que se llama Gabriel García Márquez y que es colombiano.

—Válgame, a mí me dijo antes de casarnos que era argentino y luego que español y terminó siendo poblano.

En la noche, cuando mi papá regresó del trabajo, le enseñamos la foto.

—Ah, chingao. Ese cabrón se parece a mí —y se carcajeó.

Eso fue todo. Ninguna explicación ni nada.

Tiempo después vi otra foto de mi papá, ahora en el periódico. Traía sus lentes, esos grandotes de pasta que usaba para leer. Vestía un saco de cuadritos blancos y cafés, el único que tenía en el closet, el que se ponía en las ocasiones especiales, porque para usar a diario le gustaban más los chalecos de estambre y los suéteres, muy serio, en una conferencia de algo así muy importante. Ya no se la enseñé a mi mamá. ¿Para qué?

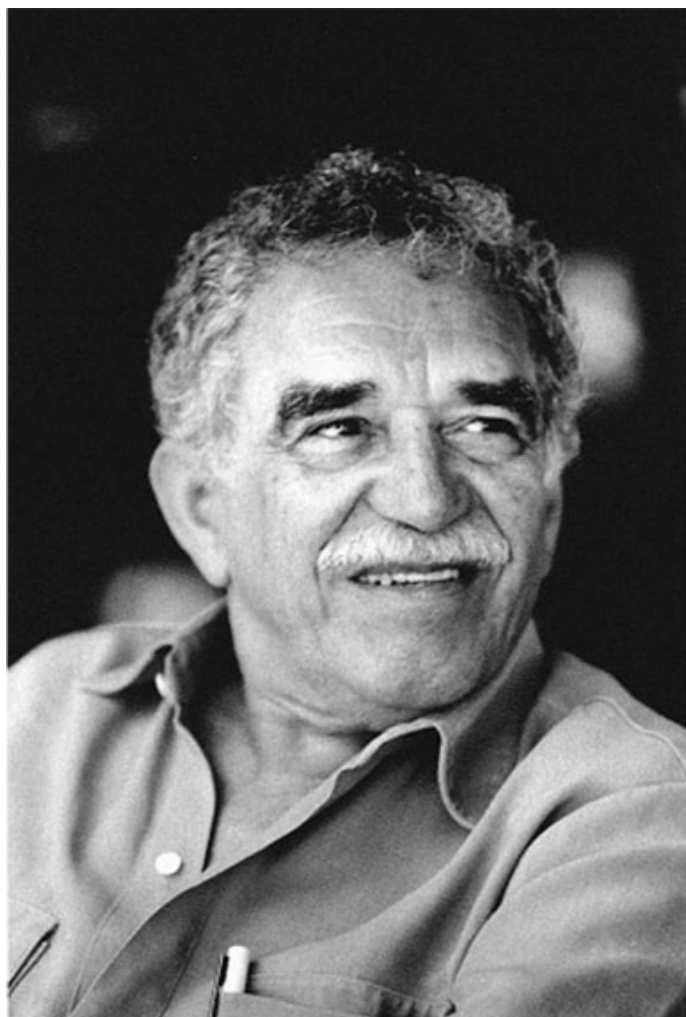
Con el tiempo aprendí que mi papá, en las diferentes etapas de su vida, siempre se parecía a alguien más. En las fotos de su boda se parecía a Luis Aguilar, el cantante, el Gallo Giro, que salía de motociclista de tránsito con Pedro Infante en *A.T.M. A toda máquina* y *¿Qué te ha dado esa mujer?* Ya más grande, una de mis tías decía que era igualito a Anthony Quinn en *Zorba el griego*. Y en sus últimos años se terminó pareciendo a Saddam Hussein.

Pero siempre supe que era el Gabo. Incluso enseñaban la lengua de la misma forma cuando veían una cámara y les gustaba usar guayabera. Lo único que nunca entendí era cómo le hacía para escribir todos esos libros, si nunca lo vi ante una máquina de escribir, ni siquiera garabateando algo en un cuaderno, ni quién le contó todas esas historias que sucedían en Macondo, si él nació y vivió en Puebla, un rato en Ciudad Juárez y luego el resto de su vida en la Ciudad de México.

Para mí que todo eso se lo inventó.

II. LA OBLIGACIÓN DE LA OBRA MAESTRA

En los párrafos iniciales de *La tumba sin sosiego*, el crítico inglés Cyril Connolly escribió: “Cuantos más libros leemos, mejor advertimos que la función genuina de un escritor es producir *una obra maestra* y que ninguna otra finalidad tiene la menor importancia... Todas las incursiones en el periodismo, la radio, la propaganda y el cine, por grandiosas que sean, están de antemano destinadas a la decepción. Poner lo mejor nuestro en estas formas es otra insensatez, pues con ello conde-



namos al olvido las buenas ideas lo mismo que las malas. En la naturaleza de tales trabajos está el no perdurar, así que nunca deberíamos emprenderlos”.

Gabriel García Márquez (Aracataca, Colombia, 1927-Ciudad de México, 2014) terminó por aprender todo esto durante su estancia en México, cuando renunció al periodismo y quemó sus naves para hacer carrera en el cine, pero al no encontrar lo que esperaba, mandó todo al demonio y se dedicó a escribir febrilmente durante 18 meses *Cien años de soledad*, que sería la obra con la que alcanzó fama mundial y, a la larga, a ganar el Premio Nobel de Literatura en 1982.

Ahora podemos ver que todos sus intentos literarios anteriores (el puñado de cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* y novelas como *La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora*) en realidad fueron preparativos para llegar a *Cien años...* Sin embargo, García Márquez no consideraba a esta su mejor obra sino a *El amor en los tiempos del cólera*. Llegó a decir que él aprendió a escribir para contar la historia de cómo se enamoraron sus padres. Y una vez que lo hubo hecho, no le quedó mucho más por decir. En efecto, siguieron apareciendo libros suyos (su última gran novela fue *El general en su laberinto* en 1989) y se dedicó a preparar sus memorias, de las que solo apareció el primer tomo en 2002. No sé sabe si en efecto terminó los

dos volúmenes restantes que anunció entonces. Lo que sí se sabe ahora es que en 2007 le confesó a un amigo periodista colombiano que no volvería a escribir porque la memoria lo había abandonado. “No va a haber ni dos ni tres ni anda. Ya no me acuerdo de nada, y yo, como todos los escritores, vivo de la memoria, de lo que recuerdo, de los personajes y los hechos que tengo en la memoria. Y la memoria, Juan, ya me abandonó”, reveló Rafael Croda, en la revista *Proceso* del 20 de abril de 2014, que le dijo García Márquez a su amigo Juan Gossain.

Gabriel García Márquez tuvo la decencia (que otros no tuvieron) de, primero, asumir que ya había dado lo que tenía que dar, y que no iba a atentar contra su propio legado mandando a las prensas obras que no estaban a su altura (siempre fue evidente que *Memoria de mis putas tristes* fue un ejercicio —magistral, pero ejercicio a fin de cuentas— que se encontraron en algún cajón y decidieron publicar). Y segundo, él y su familia tuvieron el pudor y la prudencia de conservar en la privacidad su deterioro físico y mental, para evitar que ello se convirtiera en un circo mediático.

III. MI NO ENCUENTRO CON EL GABO

Muchas personas han escrito sus anécdotas acerca de los encuentros que tuvieron con el Gabo. Algunos aseguran que leyeron *Cien años de soledad* incluso antes de que se le ocurriera escribirla. Por eso he decidido contar aquí mi no encuentro con García Márquez.

Fue por ahí del año 2005. Estaba tomando un café, en el Sanborns de Insurgentes casi esquina con Félix Cuevas, con una amiga (ex alumna que me gustaba mucho y, pues, andaba yo haciendo mi luchita, que no es más que la verdad).

Un hombre, vestido todo de blanco, entró acompañado de dos jovencitas, casi veinteañeras. Se fueron a sentar a una de las mesas del fondo. De inmediato, el capitán, o como se le llame al jefe de los meseros, fue a atenderlos diligentemente. Dos meseras se le sumaron y muy amables les tomaron la orden.

—¿Ya viste quién llegó? —le dije a mi amiga, como si maldita la cosa, y le di un sorbo a mi café.

—No. ¿Quién? —dijo sorprendida.

—Fíjate, allá, al fondo —dije, señalando con la mirada.

Entonces ella se volvió y vio al hombre, platicando animadamente con las dos jovencitas.

—¿Quién es?

—Gabo —dije, como si me llevara de a cuartos con él desde los tiempos en que andaba descalzo jugando en las polvosas calles de Aracataca.

—¡Nooooooooooooo! —exclamó, incrédula— ¿El de *Cien años de soledad*?

—¿Qué, hay otro?

—¿Y tú te quedas así, tan tranquilo? —me reclamó, como si el hecho de estar a unos pasos de un Premio Nobel fuera un pretexto perfecto para saltar y berrear de júbilo.

—¿Por qué no? ¿Qué tendría que hacer?

—No sé —dijo, tratando de encontrar algo en su bolso—. Pedirle su autógrafo. Entrevistarle.

—¿Y yo por qué lo voy a entrevistar, si la que está estudiando para periodista eres tú?

—Tienes razón —dijo, sorprendida de haberse topado de nuevo con su profesión—. ¿Pero estás seguro que es él?

Miró de nuevo fijamente hacia el fondo del lugar. No había duda: tenía el bigote, los lentes y la cara de García Márquez.

—Claro —dije, muy seguro—. Si no me crees, pregúntale al capitán.

Llamó al tipo, que estaba muy entretenido platicando con la cajera y mirando en dirección al Gabo, igual que nosotros. Pero, en el lugar a medio llenar, nadie más parecía hacerle el menor caso a ese anciano que, a juzgar por las carcajadas, se la estaba pasando bomba con las que podrían ser sus nietas o sobrinas.

—Dígame, señorita. ¿Le falta algo? —dijo el capitán, muy atento.

—Oiga: ¿ese señor de allá es quien yo creo que es? —dijo ella, ya en su papel de reportera del crimen.

—¿Quién, señorita?

—Aquel, allá —dijo ella, señalando con la lengua dentro del cachete—. Es Gabriel García Márquez, ¿verdad?

El capitán le dedicó una mirada recriminatoria, como invitándola a no ingerir sustancias psicotrópicas si no estaba preparada para ello.

—No, señorita, no es.

—¿De veras no es?

—No, señorita, no es.

—¿Me lo jura?

—No es, señorita, se lo juro —dijo el capitán, encaminándose a la impaciencia—. ¿Algo más?

—No, gracias —dijo ella, y su cara, antes luminosa, se ensombreció con una leve tristeza.

El capitán se retiró con una sonrisa fingida en el rostro. Entonces yo estallé en una carcajada. Ella me lanzó la servilleta de tela a la cara, pero cayó en mi taza de café. La sacudí y la salpiqué, y ella también rio.

—Eres de lo peor. Te gusta jugar conmigo —dijo, enmohinada.

—¿Por qué dices eso? Sí es García Márquez, pero el mesero debe tener instrucciones de negarlo para que no lo molesten.

Ella prefirió ya no creerme. Por momentos olvidamos al creador de Macondo y él siguió platicando con las chicas. Hasta que un rato más tarde, se levantaron, se encaminaron a la caja, pagaron y salieron. Creo que mi amiga ni siquiera se enteró.

Medio minuto después, mi amiga se levantó y dijo que iba al tocador. Yo pedí más café. Mi amiga se tardó algo más de lo que suelen demorarse las mujeres cuando van al tocador, pero no me pareció extraño.

Regresó con una sonrisa que casi le enjuagaba las orejas.

—Lo vi —dijo mientras se sentaba.



—¿A quién?

—A Gabo. Sí era él.

—¿Ves? Te dije.

Me contó que el Premio Nobel estaba curioseando en la sección de libros. Entonces, ya más de cerca, lo reconoció. Pero aun así, le preguntó: “¿Es usted Gabriel García Márquez?” Y él le respondió: “Parece que sí”. Mi amiga le dijo que lo admiraba mucho, que amaba sus libros y que le daba mucho gusto conocerlo en persona. Él le preguntó su nombre y a qué se dedicaba. Ella le dijo que estudiaba comunicación en la Universidad. “¿Comunicación? ¿Y allí qué enseñan? A mí me hubiera gustado estudiar periodismo, pero en mis tiempos eso de las aulas no se usaba”. Ella trató de explicarle en qué consistía, y él la escuchó con paciencia hasta que le dijo: “¿Qué cosas tan raras enseñan ahora en las universidades!” En eso salieron del baño las dos chicas que lo acompañaban. Gabo se despidió muy amablemente con un beso y un apretón de manos.

—¿Y te dio su autógrafo? —dije.

Entonces volvió por fin de su embeleso.

—No se me ocurrió —dijo un poco apenada.

—Pero sí le pediste una entrevista, ¿verdad?

—Nnnno —ahora sí, de plano muy apenada.

—Valiente periodista —dije yo, y me eché a reír de buena gana. Esta vez ya no me arrojó la servilleta a la cara.

IV. EMPEZAR CON EL FINAL

Hay varias formas de acercarse a la obra de Gabriel García Márquez: una, desde la hipérbole, el elogio desmedido, desde lo que ya se ha dicho hasta el hartazgo y todo mundo repite y repetirá acerca de su grandeza; desde ahí ya queda muy poco por agregar; no obstante, nos queda la experiencia personal de la lectura, lo que significó para cada lector —profesional o común— el descubrimiento de sus obras más entrañables: *Cien años de soledad*, *El amor en los tiempos del cólera*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *El general en su laberinto*, *Crónica de una muerte anunciada*...

Llama la atención que, en estos tiempos de comunicación instantánea, donde cualquiera puede expresar lo que quiera y compartirlo en forma inmediata a través de la Internet, muchísimas personas hayan manifestado su gusto —y lo que es quizá más importante, el cariño— por los libros de García Márquez. Personas que no son lectores asiduos lo declaran su escritor predilecto. Otros confiesan lo que significó leerlo por primera vez (casi siempre en la juventud) y cómo los marcó para sumergirse en el placer por la lectura o, de plano, cómo los inspiró para convertirse en escritores.

Por mi parte, debo confesar que llegué tarde a la obra de Gabriel García Márquez. Mi entrada al burdel

del *boom* fue por la puerta de Carlos Fuentes y luego me apoltroné largo rato en los amplios salones de Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar. A las alcobas del Gabo tardé en llegar, pero una vez ahí, ya no quise salir. No obstante, a esos aposentos me metí por una de las ventanas, la más grande: el periodismo.

Aunque se trata de una novela, en una clase de la carrera de Periodismo leímos como tarea *Crónica de una muerte anunciada*, cuya primera particularidad es que empieza contando el final: “El día que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo”. Después me daría cuenta de que esa era la marca de la casa: los inicios de García Márquez son únicos e inolvidables, como el de *Cien años de soledad*, que debe ser el incipit más célebre de la lengua española, después del *Quijote*: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”.

Esta estrategia de comenzar con el final proviene sin duda del oficio periodístico que García Márquez ejerció intensivamente en su juventud, pero que nunca abandonó del todo. Se trata del famoso *lead* o entrada de la noticia, donde en unas cuantas líneas se debe dar la información fundamental y responder a las famosas cinco W: *what, who, when, where, why* (qué, quién, cuándo, dónde, por qué). Redacción periodística para principiantes, si se quiere, pero que nunca perderá su efectividad para el periodismo ni para la literatura. La nota informativa, la crónica, el reportaje, el artículo de opinión, el ensayo, en fin, todos los géneros periodísticos, deben empezar lo más cerca posible del punto final. Lo mismo sucede con la narrativa, con el cuento y la novela, sin importar que uno pudiera tener apenas pocas páginas y la otra varios cientos.

La explicación de cómo se llegó al desenlace es, precisamente, el desarrollo de la propia noticia: el *how*, el cómo. Así, en el caso de García Márquez (como en toda la gran literatura) no importa tanto el qué sino la forma en que se cuenta la historia. En alguna ocasión, García Márquez explicó que en las primeras líneas de la novela ya debe estar todo: el conflicto, la forma y el tono que dominará en las páginas siguientes. Por eso el inicio es tan importante como el final y el cuerpo mismo de la narración.

Lo cierto es que, al igual que su trabajo como reportero (reunido en los cinco gruesos tomos de su *Obra periodística*, y en libros como *Relato de un naufragio*, *Cuando era feliz e indocumentado*, *De viaje por los países socialistas*, *La aventura de Miguel Littin, clandestino en Chile* y *Noticia de un secuestro*), la obra literaria de García Márquez es una verdadera clase de escritura. Como lo es la gran literatura de todos los tiempos.